

el barrio de San German; una bomba ha caído en el ministerio de Comercio. No creais que lo siento, al contrario, me alegro. Porque hay allí gentes que se embolsan ciento veinte mil francos por sus manipulaciones con el pan, y ochenta mil francos por sus manipulaciones con la carne. No quiero, pues, deciros el contentamiento con que vería arder esa cueva de ladrones. No temais que yo me acerque, por nada me sería tan sensible como el morir con gentes de esa calaña.

Otro orador: ¿No hay medio de salvarnos? Suplico á cada ciudadano que nos diga el suyo. (*Interrupciones, voces, gritos.*)

Una voz: Puesto que estais en la tribuna decid el vuestro.

El orador: El mio es el fuego Gregoriano. (*Conocido, no valia la pena de haberos molestado.*)

Mr. Briosne: La situación es desesperante. ¿Por qué? Porque el gobierno, siguiendo en esto el funestísimo ejemplo de sus antecesores, nos ha ocultado constantemente la verdad. Porque nos ha alimentado de ilusiones, empeñándose en disimularnos el poder de nuestros enemigos. Y nuestros enemigos tienen sobre nosotros la ventaja de la disciplina y de la ciencia. Y han querido persuadirnos de que podíamos aventajarles por la superioridad de nuestro valor. ¡Vana ilusión! ¡Triste mentira! Nuestro enemigo es tan valeroso como nosotros, y en vez de despreciarle, debíamos adquirir lo que nos falta para igualarle y para vencerle. Hace 25 días, época de mi última visita á este club, todo podía salvarse. Teníamos seiscientos mil hombres, podíamos organizar una acción enérgica y decisiva de concierto con las provincias. ¿Quién habla de Comunidad revolucionaria? ¿Quién sería tan insensato que asumiese la responsabilidad en que nos encontramos? La Comunidad. Su hora ha pasado. (*Voces, es verdad, ya es muy tarde.*) ¿Teneis tiempo de organizar un gobierno y dar á todos los servicios el impulso necesario para

asegurar la resistencia? No, es muy tarde. Pero ¿de quién la falta? ¿Del pueblo? No, el pueblo no gobierna. Es conducido, explotado, como lo ha sido siempre. La clase media que tiene la riqueza, el poder y la ciencia, es la única responsable de las desgracias de París. Pero el desastre será más grande de lo que ella se imagina. Cree que le basta aparentar la resistencia, ir á los fuertes, intentar reconocimientos por donde no se ve ni siquiera un sólo prusiano, y se vuelve diciendo hemos estado admirables. Cree esta casta egoísta y vanidosa que eso le bastará para cubrir su responsabilidad ante el pueblo y ante la historia. No lo permitiremos. París es la capital del mundo civilizado, y su caída será digna de su renombre. Cuando Jerusalem cayó, las mujeres arrojaban desde lo alto de las murallas, después de las piedras y de los escombros, los miembros de los habitantes de la ciudad santa. De Palmira, la reina del desierto, sólo queda una columnata mutilada. Y hace siglos que se busca en vano el lugar donde se levantaban Nínive y Babilonia. Pues bien, es necesario que París también sepa morir. No serás alimentada, clase media imprevista, serás robada. Los prusianos impondrán á París una contribución de guerra de tres mil millones, y estos tres mil millones no vendrán á buscarlos á Belleville; como no se encontrará bastante dinero, se llevarán las obras maestras de nuestros museos, los ricos muebles de nuestros banqueros, los grandes cuadros que decoran sus salones, las joyas finamente cinceladas. Huyamos de este fin ignominioso, por un supremo esfuerzo. En vez de imitar el avestruz que oculta la cabeza bajo el ala esperando la muerte, imitemos al león acorralado que se lanza sobre su enemigo y le clava la garra en su última convulsión de la agonía. Salgamos todos, hombres, mujeres, niños, pueblo: olvidemos nuestras divisiones, nuestros odios, perdonemos á la clase media si quiere morir con nosotros. Salgamos dos millones de habitantes, que no nos

podrán degollar á todos. (*Impresión extraordinaria. Las mujeres lloran, se agitan con grandes ataques de nervios. El presidente propone se levante la sesión después de tan magnífico discurso.*)

Un joven orador: Admiro la elocuencia del ciudadano Briosne; pero como el acto de desesperación que propone es impracticable, quiere decir que es necesario rendirnos á los prusianos. (*Exclamaciones, violentos murmullos.*)

El Presidente: Ciudadanos. Puesto que aquí nadie se entiende, yo me doy á mí mismo la palabra. La situación es desesperada, precisa que muramos todos (*gritos de horror*). Ved las noticias de la mortalidad de la semana última, y no es más que el principio. Id á cualquier reunión y oireis cómo se tose en Belleville. Pues cada día se toserá más. Nos constipamos madrugando á las cinco de la mañana por el pan y por la carne y el carbón. Despreciamos el constipado, y como no nos habremos cuidado por la primavera próxima nos habremos muerto todos. Mejor es concluir ahora. Pero antes de concluir, ajustemos nuestras cuentas con los ricos. Nos racionan á nosotros que vivimos de pan y es necesario requisarlos á ellos que viven de conservas y otros alimentos finos. Antes de morir iremos á visitar sus despensas y á decir unas cuantas palabras á sus jamones. Después de esto moriremos todos juntos. Y puesto que no han querido la Comunidad con nosotros en vida, la tendrán en muerte. (*Aplausos, protestas.*)

Un ciudadano: Declaro que el pueblo no debe tender la mano á la clase media, porque la víctima no debe tender la mano al verdugo. Antes es necesario que el verdugo nos pida perdón (*Aplausos*).

Otro ciudadano: No quiero reconciliarme con las clases medias, no quiero morir con ellas. Regocijome en ver las bombas prusianas caer sobre las iglesias y los palacios que esa raza de explotadores ha construido con el

sudor del pueblo. Decís que es tarde para proclamar la Comunidad revolucionaria. Hay barrios de más energía que Belleville (*Eso, eso; nosotros somos unos cobardes*). Y Belleville debía levantarse esta noche misma para marchar sobre la Casa de la Ciudad. ¿Se adelantarán á nosotros La Villette y Montmartre? (*No, no*) No, no, gritais, no. Y cuando se trate de combatir, no se encontrarán quinientos hombres en Belleville. (*Las mujeres se levantan gritando: iremos las primeras. Iremos á pedir pan ó la muerte.*)

Un ciudadano: No nos podemos sublevar sin que hayan dado las órdenes los comités. (*Nada de comités, sí, sí. El tumulto aumenta, el Presidente levanta la sesión y la reunión se disuelve á los gritos de viva la Comunidad revolucionaria!*)

El 18 de Enero celebra sus conferencias el club de la Revolución.

Varios gritos: ¡Viva la Comunidad revolucionaria!

El Presidente: No se puede sufrir, ciudadanos, á los cronistas reaccionarios; no hacen más que calumniarnos. Para entrar hoy aquí es necesario que cada uno dé su nombre y sus señas. Aquí tengo un artículo del *Reveille* que propone la tirada de cien mil ejemplares, pidiendo el gobierno de los comuneros. Alabo sus intenciones; pero no es á manifiestos como expulsaremos á los gándules de la Casa de la Ciudad. Los agentes del gobierno han hecho esta mañana misma una visita domiciliaria en el local del club. Han destruido las puertas y saltado las cerraduras. Pero no han encontrado nada, porque somos tan pícaros como ellos. Aquí se me comunica un proyecto de acusación ante la Asamblea del gobierno por delito de alta traición, formulado y adoptado en el club de la Escuela de Medicina. Aunque los considerandos me parecen muy débiles, me adhiero en nombre del club de la Revolución. Votamos una moción que ha sido alterada de una manera odiosa por un policiaco. Esta moción estaba así concebida:

«Todo ciudadano que liberte al mundo de un déspota, no solamente no cometerá un crimen, sino que merecerá bien de la patria y de la humanidad.» El policiaco ha pretendido que hemos designado á Trochu y á Julio Favre. El policiaco ha mentido. No hemos designado á nadie. Si él ve que nuestra mocion se aplica á Trochu y á Favre como á Guillermo y á Bismark, él tendrá sus razones. Nos lavamos las manos.»

Un orador: Los espíritus cambian aquí como veletas. Hace ocho dias todo era fuego; hoy todo es frio. El Universo entero queria ir á la Casa de la Ciudad y proclamar la Comunidad revolucionaria. Hoy ya es otra cosa. Les hablais de la Comunidad revolucionaria, y os responden que no vale la pena; que dentro de veinticuatro horas serán libres; que han llegado pichones; que Gambetta va á dar la mano á Trochu. Si quereis llamarlos á razon, os mirarán de arriba abajo, y os calificarán de pesimistas y de prusianos. Si les decís que bien pronto no habrá víveres, os responden estas sacramentales palabras: Cuando no haya víveres, tocarán á rebato. Pero, imbéciles, ¿el tocar á rebato traerá los víveres? Parece que sí. Cuando una ciudad está sitiada y no hay víveres, se toca á rebato. Es la costumbre. Hasta entonces se puede estar tranquilo. Hé ahí las razones que dan para abandonar la Comunidad revolucionaria. ¿No hay motivo á desesperarse?

Otro orador: Yo he estado en Africa. Allí los franceses han vencido á los árabes á pesar de ser uno contra cien. No comprendo, pues, cómo aquí no vencemos á los prusianos. ¿Hemos degenerado? He visto heroico francés luchando un dia entero contra mil árabes en la llanura de Mikit-já, y hoy somos tres contra uno y no libertamos á París.

El Presidente: Supongo que no ireis á contarnos toda la campaña de Africa. También yo tengo campañas; he estado en San Juan de Ulloa y en Veracruz; pero francamente, no me hallo por eso muy orgulloso.

Quejémonos hoy de ser invadidos y robados por los prusianos, y tenemos razon. Procuramos exterminarlos y hacemos bien; pero no debíamos olvidar lo hecho á los otros, que hemos ido á Crimea, á Roma, á Méjico, á atacar á gentes que no pedian sino que los dejáramos vivir en paz. Expíamos nuestros crímenes, y en cuanto concluya la guerra, será preciso reconciliarnos con todos los pueblos, hasta con los alemanes, reservando todo nuestro odio para los déspotas, estableciendo la República universal.

Otro orador: Hablemos de la cuestion de las cuestiones, hablemos de los traidores y de sus infamias. ¿Cómo no desconfiar de Trochu? ¿No veis que azuca y enzarza el ejército y los movilizados contra la Guardia nacional? Ayer mismo, porque la Guardia nacional prometiera abrir boquete en la fila de los sitiadores, les decia al pasar el ejército: Ahí va, ahí va el gran boquete.

Otro orador: Pasan cosas más graves todavía. ¿Sabeis de qué se compone el pan que comemos? Pues se compone de heno, de residuos de avena, de raspaduras de guijas y de cal; porque en este momento nos estamos tragando todas las colinas de Montmartre. (*Risas.*) No hay que reirse porque todavía se encierra otra cosa peor en este pan. Sí; contiene un veneno lento, y la prueba está en que despues de haberlo comido, sentís la boca y la garganta secas, y teneis necesidad de empinar el codo. Yo confieso, ciudadanos, que hago un uso muy frecuente de este contraveneno. No digo nada de la fécula de patata que nos venden esos ladrones, esos bandidos de tenderos. Es almidon. (*Voces sí, sí, no, no.*) Me lo contareis á mí que soy planchador. (*Risas.*) Pero todavía tengo otro descubrimiento que comunicaros. Hace dos dias que bombardean el barrio de San German. Créese que son los prusianos y se engaña todo el mundo: es Trochu. (*Señales de estrañeza, signos de incredulidad.*) Y ¿sabeis para qué Trochu bombardea el barrio de San German? Para que los

propietarios aterrados vayan allá á pedirle la capitulacion, y cuando capitule, dirá que él no queria, pero que le ha obligado todo el mundo.

Y si nosotros vamos á la Casa de la Ciudad caerán sobre nosotros y nos harán fusilar por los bretones. Esas gentes no tienen más que una idea particular. Y ¿sabeis lo que os espera si capitulamos? En cuanto entren los prusianos degüellan todos los niños de ménos de doce años y todos los viejos de más de cincuenta. (*Movimientos de horror.*) En cuanto á la poblacion ya será otra cosa. A los hombres los enviarán á romper piedras á Alemania y se quedarán para sí con las mujeres que más les gusten. (*Grande agitacion y protestas entre las ciudadanas.*)

El Presidente: Mucho exajera el orador pero hay un fondo de verdad en todo cuanto dice: Los prusianos pedirán que la poblacion masculina de París sea trasladada como prisionera de guerra al fondo de Alemania, y Trochu y sus colegas aceptarán esta proposicion que los desembarazará de los republicanos y les permitirá establecer la monarquía. (*Muchos gritos. Viva la Comunidad revolucionaria.*)

El veintiuno de Enero celebróse otra reunion pública en Montmartre.

Un orador: Gravísimos hechos han pasado en el entierro del coronel Rochebrune. Compañías de guardias nacionales de Belleville han descendido pidiendo la destitucion del gobierno y el advenimiento de la Comunidad revolucionaria. El movimiento ha fracasado porque no habia combinaciones; ahora los clubs y los comités de vigilancia se han puesto de acuerdo. Una cita hay dada para mañana al medio dia á las puertas de la Casa de la Ciudad. (*Aclamaciones.*) Invitamos á los guardias nacionales á ir en armas y á las mujeres á acompañarlos para protestar contra la escasa racion de pan y las demás medidas que matarán de hambre al pobre pueblo. (*Adhesion de la parte femenina del auditorio.*)

Un ciudadano: Sé de buena tinta que sólo queda pan hasta el cuatro de Febrero y á razon de trescientos gramos por dia. Pero en cuanto la Comunidad revolucionaria de París sea proclamada visitaremos los domicilios, requisaremos las despensas y las bodegas, y todo se salvará, porque todo depende del castigo de los traidores. (*Muchos bravos.*)

Otro ciudadano: Os conjuro á ir; el Gobierno hará una resistencia de pamema. Lo que él está deseando es que lo pongan á la puerta para descargar su responsabilidad sobre sus sucesores los comuneros. En cuanto á la clase media está descontenta y dividida. Un batallon de los barrios del centro ha declarado esta mañana delante de la Bolsa que no disparará contra el pueblo.

Un ciudadano del décimo-sexto distrito: Los republicanos de Batignoles irán mañana á las ocho á la alcaldía y conjurarán al alcalde para que los acompañe hasta la Casa de la Ciudad, revestido de sus insignias. (*Grandes aclamaciones.*)

El Presidente: Propongo que tres delegados sean enviados á la alcaldía de Montmartre para decirle al alcalde que imite el ejemplo de Batignoles. (*Los delegados se van y vuelven al poco tiempo.*)

Un delegado: El alcalde de Montmartre es Mr. Clemenceau que estaba ausente, pero sus tenientes han declarado estar prontos con tal de que se unan los cuatro clubs y el comité de vigilancia de la circunscripcion. (*Gritos.*) La inteligencia es perfecta. Mañana á las diez de la mañana á la Casa de la Ciudad. (*Aclamaciones, voces, hasta mañana, hasta mañana.*) Así acababa este club predominando sobre todo el grito de ¡Viva la Comunidad revolucionaria!

En el veintidos de Enero nueva reunion en el Club de Belleville.

Un ciudadano: Jamás se encarecerá bastante la indolencia y la cobardía de los ciudadanos de Belleville. Durante muchos dias, os hemos llamado á las armas para derribar

el infame gobierno de la Casa de la Ciudad. Siempre que os hemos preguntado cuántos iríais, habeis respondido que todos. Mil doscientos individuos respondieron á nuestro llamamiento; ¿y cuántos han llegado esta mañana á la Casa de la Ciudad? Yo lo sé porque los he contado. No éramos más que cuarenta. (*Gritos: Es una vergüenza.*) Belleville, que se gloria de ser el cráter de la revolucion, Belleville se deshonra y abdica. (*Es verdad; somos unos cobardes.*)

Otro ciudadano: He estado en la Casa de la Ciudad á las tres de la tarde. He tenido que replegarme ante las amenazas de los movilizados. Creí encontrar á Belleville erizada de barricadas. ¿Qué he encontrado? Ciudadanos y ciudadanas paseándose del brazo como si no sucediera nada en París. ¿Creeis que se liberta así de los tiranos á la patria? ¡Ah, Belleville, sabes hablar, pero no sabes obrar! (*Risas, aplausos, protestas.*)

Otro ciudadano: Somos unos necios. Todos nuestros males provienen de los clubs. ¿Cómo quereis que se tomen resoluciones viriles entre este monton de mujeres, de niños, de viejos, que no sirven para nada y que vienen aquí á digerir calentitos su comida? Además, en cuanto tomamos una resolucion, en cuanto nos decidimos á ir á esta ó á la otra parte, todo lo sabe el Gobierno porque todo lo hacemos en público y para todo le damos un cuarto al pregonero. (*Si, si; eso es, eso es.*) Los clubs, lo repito, los clubs nos pierden. Sociedades de carbonarios, hé ahí lo que necesitamos. (*Muchas voces: Nada de clubs; sociedades secretas.*) Entonces podremos concertarnos, dar consignas, y cuando el momento de la revolucion haya sonado, no encontraremos movilizados en la Casa de la Ciudad defendidos por formidables ametralladoras.

Otro orador: Si no nos desembarazamos de los Trochinianos no nos desembarazaremos de los alemanes. Si no destruimos á los prusianos en las orillas del Sena, ménos los des-

truiremos en las orillas del Neva. (*Voces: ¿Qué geografía es esa?*) ¿Pero qué hacer?

Un guardia nacional con su fusil á la espalda: Es necesario apoderarnos de la alcaldía que ha sido ocupada por los carabineros con menosprecio completo de los derechos del pueblo. (*Si, vamos, vamos.*) Decís vamos y ya os conozco. Cuando el momento de ir haya llegado, no os reunireis cincuenta. (*Débiles protestas, aplausos, risas irónicas.*) No basta con decir vamos, precisa que los ciudadanos busquen sus armas y me sigan. (*Si, si, eso es.*) Allí nos contaremos, y si estamos en número, tomaremos nuestra alcaldía. y si no, no. Porque nadie es tan tonto que se deje matar porque hayais gritado vamos todos, y luego no hayais aparecido ninguno. Esto es lo mismo que la alianza republicana, la cual ha publicado ayer un manifiesto con las firmas de Delescluze y Ledru-Rollin. Estas gentes nos comprometen, nos impelen, nos sacan de nuestras casas, y cuando llega la hora del peligro, se meten en las suyas. (*Es verdad, son unos farsantes.*)

Otro ciudadano: La municipalidad provisional está resuelta á dejarse reemplazar por los elegidos del pueblo. Nuestro elegido le tenemos nosotros. Está en libertad, y es el ciudadano Flourens. (*Inmensas y ruidosísimas aclamaciones.*) Llévemolo á la alcaldía. (*Si, si. Voces femeninas, en seguida, en seguida.*)

El Presidente: Recomiendo la sangre fria. Es necesario asegurarnos de las disposiciones reales del Ayuntamiento provisional. Es necesario saber si los carabineros están dispuestos á devolvernos nuestra alcaldía. Es necesario, en fin, que sepamos si el ciudadano Flourens consentirá en dejarse exaltar en la alcaldía, dada la situacion crítica en que se encuentra. Porque Trochu, Vinoy y cofrades, han puesto á precio su cabeza, y podrán fusilarlo sin formacion de causa en virtud de las leyes excepcionales del estado de sitio. (*Voces, voces femeninas: ¡Qué horror!*) Propongo dos comisiones: una para que se en-

tienda con la municipalidad provisional y los aduaneros, otra para que sondee las intenciones de Flourens.

Un ciudadano: Pero notad que la primer comision corre un gran peligro de ser encarcelada si no la apoyan fuerzas suficientes.

El Presidente: Es verdad. Propongo al club que una fuerza armada acompañe á la primera comision. (*Movimientos diversos.*) ¿Qué hacemos? Yo no me puedo contentar con palabras vagas y con votos que á nadie comprometen. Necesito saber con quién puedo contar. Invito á los ciudadanos deseosos de ir á la alcaldía en armas á que pasen á un lado de la sala. (*Si, si, tumulto, reclamaciones. Eso no es práctico. Se marcharán despues.*) Me hacen fuerza esas observaciones. El medio más seguro es que todos los ciudadanos decididos á morir por la patria se acerquen á la mesa y den sus señas. (*Iremos todos, la proposicion es votada por aclamacion.*)

Suspéndense los debates para dar lugar á la inscripcion de los valerosos, y de los resueltos. A los tres cuartos de hora la sesion es reanudada.

El Presidente: Ciudadanos, sólo hay 23 inscripciones. (*Gritos de indignacion de las mujeres; protestas de los ciudadanos armados.*)

Un ciudadano: Buenas noticias. Los carabineros que ocupaban la alcaldía acaban de evacuarla deseosos de no contrariar la voluntad del pueblo de Belleville. (*Inmensa aclamacion.*)

El Presidente: Doy gracias con efusion al que nos ha traído esa noticia, y puesto que nuestra alcaldía está ya en nuestro poder, preciso que no vuelvan á ocuparla. Es necesario que los ciudadanos y las ciudadanas den guardia toda la noche al rededor del edificio. (*Si, iremos todos.*) Los veintitres ciudadanos que se han inscrito se concertarán con Flourens y tomarán resoluciones á la altura de los acontecimientos. (*Viva la Comunidad revolucionaria.*)

B.

Al día siguiente veintitres de Enero apareció un decreto en las esquinas de París resumido en este artículo: Los clubs serán suprimidos hasta el fin del sitio. Los locales donde celebran sus sesiones cerrados y los contraventores perseguidos con arreglo á las leyes.

Pero nada consiguió el gobierno con este decreto por dos razones: 1.^a Porque los clubs se instalaron en medio de la calle y al aire libre. 2.^a Porque ajustado el armisticio vinieron las reuniones electorales. A creer á un testigo ocular habia más clubs en medio kilómetro del boulevard que antes en todo París.

Un ciudadano en la esquina de la calle Druot: Un hombre, necesito un hombre. No tenemos un hombre y he ahí lo que nos pierde. ¡Ah, si tuviéramos á Gambetta! (*Exclamaciones, protestas.*) Gambetta ha sublevado las provincias y organizado los ejércitos. ¿Pero dónde están hoy los ejércitos de Gambetta? Rotos, dispersos porque ha querido meterse á general. Es un abogado y no es un militar. Le ha sucedido como si un cardador se metiera á zapatero. Ha querido parodiar el noventa y tres y lo ha echado todo á perder. (*No, no, si, si.*) Y ahora ¿qué nos queda? No hay ejércitos de provincia. *El Monitor* prusiano lo dice y lo copia *El Monitor* francés. (*Varias voces: sois un capitulero.*) No soy capitulero, y si quereis abrir boquete contad conmigo. Precisa abrir boquete porque París no puede ser tomado. (*Muchas voces: París es inexpugnable.*) Hagamos el boquete si el boquete es posible. Pero la cuestion capital es la siguiente: ¿Tenemos ó no ejércitos de provincia? Si los tenemos salgamos, y haciendo matar á cien mil hombres, llegaremos á reunirnos con ellos y á vencer á los prusianos. Pero si no tenemos ejércitos de provincia, ¿qué habremos hecho despues de abierto el boquete? Necesitaremos atravesar treinta leguas de un país devastado y sin recursos para tropezar con los prusianos de